

curar los heridos, enterrar los muertos, reparar algunos destrozos hechos en las paredes, limpiar sus armas y prepararse para hacer nuevas salidas (1).

(1) La mayor parte de los historiadores dicen que Cortés, despues de tomado el templo, marchó tranquilamente á sus cuarteles «pasando por entre las espesas filas de los guerreros indios, que se hallaban en el átrio demasiado atemorizados por las terribles escenas que habian presenciado, para oponer resistencia, y llegaron salvos á sus cuarteles.» (Prescott. Hist. de la conq. de Méjico). Solís asegura que «hizo Hernan Cortés que se transportasen luego á su cuartel los víveres que tenian almacenados en las oficinas del adoratorio, cantidad considerable y socorro necesario en aquella ocasion.» Hernan Cortés no trae nada de eso y solo dice, que «algo perdieron del orgullo con haberles tomado esta fuerza,» y Bernal Díaz, á quien he seguido en el relato de este y de otros hechos, asegura, como deajo referido, «que con gran trabajo tornamos á los aposentos; y si mucha gente nos fueron siguiendo y dando guerra otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenian derrocadas unas paredes para entralles.»

## CAPITULO XIV

Hernan Cortés solicita un parlamento.—Resultado de él.—Cortés hace una salida y quema trescientas casas.—Muerte de Moctezuma.—Sentimiento de los españoles por la muerte de Moctezuma.—Cortés envia con todo respeto el cadáver á los jefes mejicanos.—Reflexiones respecto de su muerte.—Continúan los combates.

Al lanzar la luz del dia sus primeros destellos, se encontraba la capital azteca mas tranquila, al parecer, y menos belicosa.

Cierto es que los ejércitos mejicanos se extendian mas allá de lo que alcanzaba la vista, y que las calles y las azoteas se hallaban cubiertas de guerreros; pero no se advertia en ellos nada que indicase movimiento sobre los cuarteles.

Hernan Cortés se lisonjeó con la idea de que la te-

rrible leccion dada en el *teocalli*, habia operado un cambio notable en sus contrarios, haciéndoles perder su orgullo y temer mayores desgracias para la ciudad si continuaba la guerra.

Halagado por este pensamiento que le hacia traslucir un convenio favorable, y queriendo recurrir á la política para alcanzar los felices resultados que anhelaba, determinó hacer algunas proposiciones á los jefes aztecas, con el objeto de inclinarles á que se celebrase un arreglo que pusiese término á la desoladora guerra que estaba destruyendo la ciudad mas hermosa del Nuevo Mundo.

Invitados á una entrevista y admitida la invitacion, los personajes mejicanos se colocaron en un sitio próximo á los cuarteles españoles; y Hernan Cortés, acompañado de algunos de sus capitanes y llevando á los interpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, se presentó en el mismo sitio en donde Moctezuma recibió la pedrada al hablar á sus vasallos.

El caudillo español, empezó manifestándoles que no les habia dado motivo para que hubiesen tomado las armas contra él y su gente. Manifestó el profundo sentimiento que le causaba verse precisado á incendiar los templos y los magníficos edificios que embellecian la capital del imperio, y á derramar la sangre de los valientes aztecas, á quienes siempre habia consagrado sincera amistad. Pintó, con vivos colores, las dolorosas escenas del dia anterior, ardiendo la poblacion por varias partes y muriendo la flor de la nobleza mejicana, á la cual habia propuesto repetidas veces la paz. Expresó su deseo de terminar una lucha que da-

ria por resultado el incendio de la capital y la muerte de todos sus hijos, que, á toda costa, queria evitar. Propuso que saldria de la ciudad para volver á su país, como ya lo habia dispuesto antes de la sublevacion, si los mejicanos, dejando su actitud hostil, se retiraban á sus hogares. El caudillo español, despues de brindarles con un pacífico arreglo, terminó diciendo, que de no admitirlo, «arrasaria la ciudad reduciéndola á escombros, desapareciendo con ella todos sus habitantes» (1).

Bien conocian los aztecas los males que les sobrevendrian de la prolongacion de la lucha; pero estaban convencidos de que la constancia les daria al fin el triunfo sobre sus contrarios, y se hallaban resueltos á comprar á costa de todos los sacrificios imaginables, el exterminio de los hombres blancos. Veian incendiadas sus casas; arrollados sus escuadrones; muertos á millares sus guerreros; pero tenian la conviccion de que era imposible que con los puentes de las calles y de las calzadas levantados, obstruido el paso por continuas albarradas y acequias, defendidos los pasos por millares de escuadrones y arrojando de las azoteas una tempestad incesante de piedras y de flechas, pudieran salir de la ciudad los hombres que habian ultrajado á sus dioses, y que habian ofrecido sacrificar en los altares de las divinidades ofendidas.

Con esta conviccion, y dotados de una entereza de carácter inquebrantable, contestaron de una manera

(1) «Y les dije que mirasen que no se podian amparar, y que les hacíamos de cada dia mucho daño y morian muchos dellos, y quemábamos y destruíamos la ciudad, é que no habia de parar fasta no dejar della ni dellos cosa alguna.»—Seg. carta de Cortés.

que desvaneció en Cortés toda esperanza de convenio. Confesaron que era cierto que recibían graves daños en la ciudad y en las personas; que habían perdido la flor de sus guerreros en la defensa del teocalli, en los asaltos dados á los cuarteles y en las diversas acciones verificadas en las calles; pero que estaban dispuestos aun á recibir mayores daños, sin cejar ante las calamidades. «Tended la vista,» añadieron, «por las calles, plazas y azoteas. Vereis, como hemos calculado, que aun cuando muriesen veinticinco mil hombres nuestros por cada español, nos sobraria gente para celebrar el triunfo. Todo el país está sobre las armas: las calzadas y alrededores llenos de numerosos ejércitos; los puentes de las calles y de las puertas de la capital quitados, la laguna cubierta de canoas con guerreros, y todo, en una palabra, dispuesto para alcanzar en mas ó menos tiempo un triunfo seguro. La salida de la ciudad es imposible; los víveres empiezan á faltaros, y como aun el agua dulce que teneis es muy poca, aunque no os hiciéramos otra guerra que la de evitar la entrada de comestibles, os tendreis que rendir por hambre» (1).

Hernán Cortés comprendió toda la verdad que encerraban las palabras de los parlamentarios aztecas. Los bastimentos escaseaban; el número de heridos aumentaba diariamente, y los puentes se hallaban cortados (2). Pero era

(1) «Y que mirase yo por todas aquellas calles y plazas y azoteas cuán llenas de gente estaban, y que tenían hecha cuenta que, á morir veinte y cinco mil dellos y uno de los nuestros, nos acabaríamos nosotros primero porque éramos pocos, y ellos muchos, y que me hacían saber que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas... E que ninguna parte teníamos por do salir, sino por el agua.»—Seg. carta de Cortés.

(2) «Y la verdad que ellos tenían mucha razón; que aunque no tuvié-

hombre que no perdía jamás su serenidad ante los obstáculos, por insuperables que pareciesen. Dotado de una entereza sublime y de una constancia heroica; lleno de fé en Dios y en los recursos de su fecundo ingenio, se manifestó con los parlamentarios, no como quien solicita gracia por medio de un convenio, sino como quien se digna concederla por especial favor hácia las personas que siente castigar. Conocedor del carácter firme de los aztecas, sabía que únicamente manifestándose fuerte y con la seguridad de dominarlo todo, podía alcanzar un arreglo. La menor palabra que indicase duda en el éxito ó debilidad, consideró peligrosa, porque era confesar la superioridad del enemigo, y por lo mismo sentenciarse á muerte. Lejos, por lo mismo, de contestar en un lenguaje suave y conciliador, repitió su amenaza de incendiar la ciudad y destruir á sus habitantes, si no dejaban su actitud hostil dejándole libre el paso para marchar á su país. Los aztecas no admitieron la proposición, y se alejaron manifestando que no cesaria la guerra hasta no acabar con los hombres blancos.

Llegó la noche, y Hernán Cortés, queriendo hacerles ver que sus amenazas se realizarían, porque tenía poder para destruirles, dispuso una salida. Los mejicanos, que no esperaban un ataque de noche, se hallaban descuidados. Una fuerza de doscientos españoles y mil tlaxcaltecas salió, en el mayor silencio, de los cuarteles. El jefe castellano marchaba á la cabeza de la columna y se dirigió á una de las calles inmediatas.

semos otra guerra sino la hambre y necesidad de mantenimientos, bastaba para morir todos en breve tiempo.»—Seg. carta de Cortés á Carlos V.

Las tropas mejicanas, al verse sorprendidas, no pudieron oponer una vigorosa resistencia, y fueron retirándose hácia los puntos fortificados. Los españoles y tlaxcaltecas prendieron fuego á trescientas casas, y dando la vuelta por otra calle, donde incendiaron otro número considerable de edificios, llegaron á sus cuarteles sin haber sufrido el mas leve daño.

Entre tanto que los combates se habian sucedido sin interrupcion de un solo dia, el desventurado Moctezuma veia aproximarse el último instante de su vida. Desde el momento que recibió el terrible golpe que le fracturó la cabeza, se habia apoderado de su espíritu una tristeza profunda al considerar que sus vasallos anhelaban su muerte. Mirando esta como el único bien que le quedaba en su desgracia, habia rehusado tomar las medicinas; continuó quitándose el vendaje, siempre que trataban de curarle la herida, y se propuso por último guardar una constante inedia. Los ruegos de sus ministros, las palabras de consuelo de los leales vasallos que le rodeaban; las súplicas de Cortés y del padre Olmedo, para que procurase recobrar la salud, todo fué inútil. El monarca azteca se habia propuesto morir, y cerrando los oidos á todo lo que tenia por objeto detenerle en el mundo, esperó el momento anhelado, que no se hizo aguardar largo tiempo. El término de su vida se acercó. Varios capitanes españoles, que le apreciaban sinceramente, interesándose por la salvacion de su alma, le pedian que abrazase el cristianismo y abandonase la religion en que habia vivido. El padre Olmedo, que lleno de caridad católica no se habia separado de su lado, deseando su conversion, procuraba

persuadirle de la excelencia de la doctrina del Crucificado, agotando todos los recursos de su elocuencia por medio de la intérprete Marina. Moctezuma se manifestaba agradecido al interés que le demostraban; pero estaban profundamente arraigadas en su corazon las creencias de sus mayores, y quiso morir en ellas: «Me quedan,» dijo al padre Olmedo, «muy pocos momentos de vida: dejadme, pues, consagrarlos á la religion de mis padres, de que no me quiero apartar» (1). Aunque deseaba abandonar el mundo, un pensamiento le inquietaba y entristecia al dejarle. Era padre; y la idea del porvenir de sus hijos le afectaba profundamente. Dominado por el santo y sublime sentimiento paternal, se volvió á Cortés, que habia acudido al aposento al saber la gravedad del monarca, y le suplicó que se acercase. Luego, valiéndose de la intérprete Marina, le pidió, por lo más sagrado, que mirase por la felicidad de sus hijos, muy especialmente por la de tres hijas que habia tenido de las mujeres legítimas, pues éstas se diferenciaban de las concubinas, por ciertos ritos matrimoniales que se celebraban al unirse. «Os suplicó,» añadió, «que las recomendeis á vuestro soberano. Tengo la consoladora esperanza de que su real corazon procurará la ventura de esas joyas queridas de mi alma, en premio de mi cariño hácia los españoles, y de los servicios que les he prestado; servicios y cariño que me han traído á la triste situacion en que me encuentro; pero que la acepto, sin arrepentirme de lo hecho por los hombres blancos.» Moctezuma terminó reco-

(1) «Respondió que por media hora que le quedaba de vida, no se queria apartar de la religion de sus padres.»—Herrera. Hist. general.

mendando de nuevo á Cortés la suerte de los tiernos séres de su corazón, y encargando que suplicase á su rey que les concediera una parte de su herencia legítima. El caudillo español le prometió obsequiar fielmente su deseo, y cumplió con su ofrecimiento cuando se terminó la conquista (1). Pocos momentos después de haberle asegurado Hernán Cortés que atendería lealmente y como amigo su recomendación, el monarca azteca espiró el 30 de Junio de 1520, á los tres días de haber recibido la herida, rodeado de sus ministros, de varios sacerdotes aztecas, y de los nobles que le habían sido fieles en medio de su infortunio (2). Ninguno de los emperadores mejicanos que le habían pre-

(1) Hernán Cortés recibió en su familia á las hijas de Moctezuma, después de la caída del imperio mejicano. Hizo que las instruyesen en la religión cristiana, como había sido voluntad del monarca azteca, y se bautizaron: recibieron una educación esmerada, y se casaron con hidalgos españoles, de los principales conquistadores de Méjico, de donde han tenido origen varias familias muy distinguidas, como veremos á su debido tiempo. El gobierno español les concedió particulares privilegios y les señaló considerables bienes, anhelando recompensar los sacrificios de su padre.

(2) Diego Méndez Camargo, noble mestizo tlaxcalteca, dice en sus manuscritos, que, según oyó contar á varios de los conquistadores españoles, Moctezuma fué bautizado poco antes de morir, siendo sus padrinos Hernán Cortés y Pedro de Alvarado. Sus palabras son las siguientes «Muchos afirman de los conquistadores que yo conocí, que estando en el artículo de la muerte, pidió agua de bautismo, é que fué bautizado y murió cristiano, aunque en esto hay grandes dudas y diferentes pareceres; mas como digo que de personas fidedignas, conquistadores de los primeros desta tierra de quien fuimos informados, supimos que murió bautizado y cristiano, é que fueron sus padrinos del bautismo Fernando Cortés y D. Pedro de Alvarado.» (Hist. de Tlaxcala, MS.) No puede dudarse de que no es cierto lo dicho por Camargo. Si Moctezuma hubiera abrazado el catolicismo al morir, Hernán Cortés se hubiera apresurado á ponerlo en conocimiento de Carlos V. Que murió en la religión azteca, es evidente, pues Bernal Díaz, que se hallaba allí, dice que, «el fraile de la merced, que siempre estaba con él, no le pudo atraer á que se volviese



MOCTEZUMA